
Una mirada al cine centroamericano actual

A Gaze Towards Contemporary Central American Cinema

PATRICIA FUMERO

Universidad de Costa Rica
patricia.fumero@ucr.ac.cr

MARÍA LOURDES CORTÉS

Universidad de Costa Rica
maria.cortez@ucr.ac.cr

Resumen: Este dossier recoge algunos de los trabajos presentados en el I Congreso Internacional sobre Cine Centroamericano, realizado del 8 al 10 de noviembre del 2017, en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica y de el Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY).

Palabras clave: cine, memoria, identidad, resistencia, afectos, narración, Centroamérica

Abstract: This dossier contains some of the works presented at the First International Congress on Central American Cinema, held from November 8 to 10, 2017, at the School of General Studies of the University of Costa Rica and the University of the City of New York (CUNY).

Keywords: cinema, memory, identity, agency, affects, narration, Central America

Recibido: octubre de 2018; **aceptado:** diciembre de 2018.

Cómo citar: Fumero, Patricia y María Lourdes Cortés, "Una mirada al cine centroamericano actual". *Istmo. Revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 36 (2018): 1-4. Web.

Durante el siglo XX, el cine centroamericano fue esporádico y desconocido, panorama que cambió a partir del 2000 producto de la creciente capacitación tanto de los realizadores como del personal técnico, el creciente interés en los medios digitales, la movilidad internacional así como los procesos de democratización de la producción, edición, distribución y acceso. Es así que desde la primera década del siglo XXI hasta la actualidad se considera que se han producido más de 200 largometrajes, las cuales junto al cine de ficción y documentales han atraído el interés de nuevas audiencias en la región y en resto del mundo. Lo anterior se nota en el impacto que varias películas han tenido en festivales internacionales y la presencia de los y las directoras en tal circuito y su subsiguiente programación en plataformas de streaming.

La impronta en el circuito internacional y la premiación a la filmografía centroamericana inicia en 2007, cuando la película guatemalteca *Gasolina* (2008) de Julio Hernández Córdón ganaba cinco de los premios más importantes del programa *Cine en Construcción*, del Festival Internacional de Cine de San Sebastián (España), uno de los más reconocidos encuentros del mundo. Al año siguiente, Hernández Córdón ganó el premio *Horizontes Latinos* al mejor filme latinoamericano del año, en el mismo festival. Era la primera vez que una película centroamericana destacaba en un festival de clase A. Dos años después, *Agua fría de mar* (2010) de la costarricense Paz Fábrega obtenía el máximo galardón del Festival de Rotterdam (Holanda), también uno de los principales del mundo.

En adelante, el cine centroamericano logró atraer la atención y el reconocimiento en otros festivales y, con ello posicionamiento. Tal es el caso de *El camino*, de Ishtar Yasin (Costa Rica, 2009) *Marimbas del infierno*, de Hernández Córdón (Guatemala, 2010), *La Yuma* de Florence Jaugey (Nicaragua, 2010) y documentales como *Invasión* de Abner Benaim (Panamá, 2014), *El cuarto de los huesos* de Marcela Zamora (El Salvador, 2015).

El mayor reconocimiento al cine centroamericano lo ha recibido, al día de hoy, *Ixcanul* (2015) del guatemalteco Jairo Bustamante, quién fue el ganador del Oso de Plata del Festival de Berlín -el cual junto con el festival de Cannes es el más prestigioso del mundo-. Bustamante, aparte del premio en la Berlinale, obtuvo casi una cincuentena más de preseas en festivales de todo el mundo. Es claro de que algo importante está pasando con el cine en Centroamérica.

Lo que hoy se cosecha es producto de la inversión de los estados, las coproducciones regionales e internacionales y los problemas políticos. En el caso costarricense, la fundación del departamento del Cine, luego llamado Centro Costarricense de Producción Cinematográfica (CCPC), se dedicó a realizar documentales sobre la problemática del país como son el alcoholismo, la desnutrición, deforestación y la migración interna. En el caso de Panamá, el documental se convirtió en un medio para la discusión de la problemática de la soberanía sobre el Canal. En Nicaragua y El Salvador, fueron las revoluciones las que despertaron una pasión por documentar el proceso vivido y para buscar apoyo a las insurrecciones. Sin embargo, una vez firmada la paz en la década de 1990 en Centroamérica, muchos de los institutos de cine creados durante el proceso

revolucionario de las décadas de 1970 y 1980 cambiaron sus metas o desaparecieron.

El impacto del cambio en el sistema económico de fines de siglo XX se vio reflejada en la producción apoyada por los estados. Por ejemplo, solo un largometraje de ficción, *El silencio de Neto* de Luis Argueta (Guatemala, 1994) y un documental, *Alejandro* de Guillermo Escalón (El Salvador, 1993) fueron producidos y exhibidos. El resto de los creadores se dedicaron a realizar publicidad o documentales institucionales contratados por organizaciones no gubernamentales. No había cine propio. Hasta entonces, la cinematografía de Centroamérica no existía para el cine mundial y mucho menos para el público. En una región donde la penetración del cine hollywoodense es de un 99%, la producción propia parecía, hasta hace poco, una utopía.

Sin embargo, con la llegada de las nuevas tecnologías y una generación de jóvenes graduados de escuelas de cine, empezó una nueva etapa de interés por la producción nacional. Se crearon muestras, festivales, escuelas de cine y, poco a poco, los Estados empezaron a interesarse en lo que podrían verse como una industria posible. Panamá apostó al cine con una ley y un fondo de fomento de dos millones de dólares y en cuestión de cinco años ha realizado más de una treintena de producciones audiovisuales, además de poseer el festival internacional de cine más ambicioso de la región. Costa Rica y El Salvador crearon sendos fondos de alrededor medio millón de dólares para apoyar la producción filmica y, en el caso de Costa Rica, las series para la televisión y web. El Salvador, por su parte, fomenta con fuerza la creación de videojuegos y animación. Nicaragua y Guatemala, junto a Costa Rica y Panamá, han ingresado al fondo Ibermedia, que les permite coproducir con otros países de Iberoamérica.

Cada vez más películas se producen en la región y paulatinamente se está creando un público atraído por el cine local. De igual modo, la academia ha empezado a interesarse en el cine centroamericano, como podemos ver con la muestra de trabajos que aquí presentamos, muchos de los cuales fueron expuestos como ponencias durante el I Congreso Internacional sobre Cine Centroamericano, realizado del 8 al 10 de noviembre del 2017, en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica.

El dossier contiene estudios sobre el cine centroamericano desde diversos enfoques. Tienen en común el estudio de una cinematografía que visita a “lo nacional” y la construcción de la memoria en ámbitos políticos y culturales. De tal forma, el conjunto está organizado a partir del estudio de tendencias y, en específico, un primer grupo que analiza las representaciones del tiempo, los modelos narrativos e ideología. El segundo grupo estudia la memoria desde el ámbito político, la resistencia, la identidad y los afectos.

En su artículo, Bértold Salas Murillo se acerca a diecisiete largometrajes producidos en Costa Rica para estudiar la forma en que se ha utilizado el tiempo como eje central de la narración con lo que establece la relación del tiempo y su vínculo con el espectador. Este artículo es un trabajo exploratorio para reconocer las posibilidades del análisis y delinear tendencias.

Patricia Lepe, en su artículo sobre la Guerra Fría y la *Operación PBSuccess*, explora como el teatro, cine, música, plástica y la prensa, entre otras manifestaciones culturales, ha sido utilizado con fines ideológicos. De tal forma que no es extraño que en el marco de la Guerra Fría también esta se peleara en el campo de la cultura para combatir el comunismo, en este caso en Guatemala. La autora explora a través de una revisión hemerográfica los 77 filmes vinculados a la Guerra Fría que se proyectaron en Guatemala. El espacio temporal estudiado es entre setiembre de 1953 y julio de 1957. Los artículos de Salas y Lepe son necesarios para estudiar las tendencias, no solo a nivel de producción sino la forma que en conjunto se ha visto un tema en particular.

José Andrés Fonseca Hidalgo se pregunta sobre el tipo de historias que el cine de ficción costarricense narra en quince largometrajes estrenados entre 2008-2012. Ello lo hace a partir de indicadores que permiten realizar un análisis narrativo para comprender la forma en que se cuenta en el presente (patrones narrativos dominantes) y con ello aprovechar el conocimiento para el apoyar el desarrollo de cine de ficción costarricense y regional.

Mayte López estudia el documental como una representación filmica del trauma transgeneracional, desde dos perspectivas; la afectiva, que procura acercarse al dolor heredado, y la política, a partir de la posibilidad de reescritura que proporciona el documental para abrir espacios de diálogo. Es así que el documental propone un trabajo de reconstrucción de la memoria como lugar de contención de afectos para tratar de romper el silencio y reintegrar las historias disidentes para reintegrarlas al espacio político de la comunidad.

En el mismo sentido, la resistencia e identidad es trabajada por Pedro Cabello del Moral a partir de la película *Ixcanul* (2015) como un gesto decolonial al poner en primer plano la resistencia de las comunidades indígenas guatemaltecas. En este caso al utilizar la lengua Kaqchikel en la historia y resaltar las relaciones y el “hacer entre mujeres” como manifestaciones alternativas de soberanía afectiva emancipadora que posibilita superar las condiciones de vida impuestas por el sistema imperante al día de hoy.

Indira González Arias y Marlene Salazar Horr estudian los elementos de identidad y reconstrucción de la figura del campesino en la película *Maikol Yordan de viaje perdido* (2014), la cual se constituyó como un hito de la cinematografía centroamericana al ser la película más vista en la región.

Finalmente, Byron Barahona analiza la película *La jaula de Oro*, una coproducción mexicana-española de Diego Quemada Díez, que desde su estreno en 2013 ganó más de treinta premios internacionales. Si bien no se trata de una obra producida en Centroamérica, explora un fenómeno propio de la región: la experiencia de los menores centroamericanos que intentan emigrar a Estados Unidos enfrentando múltiples formas de violencia. El artículo muestra el papel significativo del realismo social como concepto cinematográfico y el empleo metafórico de la imagen en la representación filmica de la vulnerabilidad del migrante adolescente.